

FERNANDO GÓMEZ

LA VUELTA AL MUNDO EN 80 CEMENTERIOS



Luciérnaga



FERNANDO GÓMEZ

LA VUELTA AL MUNDO EN 80 CEMENTERIOS



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Fernando Gómez Hernández, 2018.

© imágenes de cubierta y de interior: Shutterstock

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño
Área Editorial Grupo Planeta

Primera edición: febrero de 2018

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-95-2

Depósito legal: B 647-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

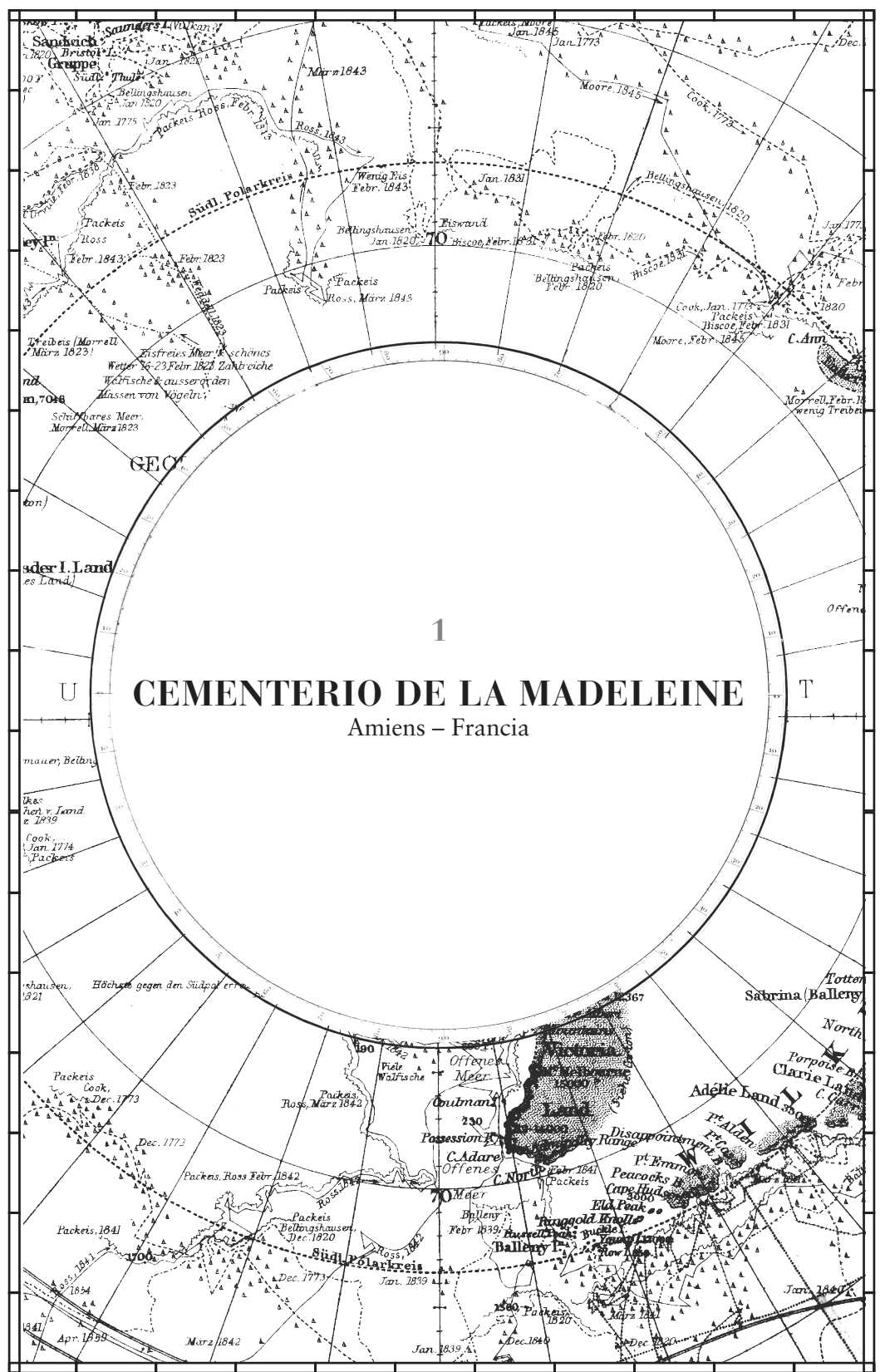
El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

SUMARIO

Prólogo	11
1. Cementerio de la Madeleine – Amiens, Francia	13
2. Cementerio de Père-Lachaise – París, Francia	19
3. Cimetière des Chiens – Asnières-sur-Seine, Francia	27
4. Cementerio Americano de Normandía – Colleville-sur-Mer, Francia	33
5. Cementerio de Highgate – Londres, Inglaterra	37
6. Cementerio de Cross Bones – Londres, Inglaterra	45
7. Cementerio de Santa María la Virgen – Whitby, Inglaterra	51
8. Cementerio de Greyfriars – Edimburgo, Escocia	57
9. Cementerio de Hólavallagarður – Reikiavik, Islandia	65
10. Cementerio de Longyearbyen – Longyearbyen, Noruega	69
11. Cementerio de Skogskyrkogården – Estocolmo, Suecia	73
12. Cementerio de Christiansfeld – Christiansfeld, Dinamarca	79
13. Friedhof Grunewald-Forst – Berlín, Alemania	83
14. Cementerio de Plainpalais – Ginebra, Suiza	87
15. Cementerio Central de Viena – Viena, Austria	93
16. Cementerio de Montjuïc – Barcelona, España	99
17. Cementerio Monumental de Staglieno – Génova, Italia	107
18. Cementerio Monumental de Milán – Milán, Italia	113
19. Cementerio de San Michele – Venecia, Italia	119
20. Las grutas del Vaticano – El Vaticano, Italia	125
21. Cementerio Protestante – Roma, Italia	131
22. Cimitero delle Fontanelle – Nápoles, Italia	137
23. Catacumbas de los Capuchinos – Palermo, Italia	143
24. Cementerio de Mirogoj – Zagreb, Croacia	149
25. Primer Cementerio de Atenas – Atenas, Grecia	153
26. Cementerio Alegre de Sapantza – Sapantza, Rumania	159
27. Cementerio de Nagyrév – Nagyrév, Hungría	165

28. Cementerio Judío – Praga, República Checa	171
29. Osario de Sedlec – Kutná Hora, República Checa	177
30. Cementerio de Novodévichi – Moscú, Rusia	183
31. Cementerio de Kuntsevo – Moscú, Rusia	189
32. Cementerio de Piskaryovskoye – San Petersburgo, Rusia.	195
33. Antiguo cementerio de los Eunucos – Pekín, China	199
34. Cementerio de Sengakuji – Tokio, Japón	205
35. Cementerio de Okunoin – Tokio, Japón.	211
36. Cementerio de Ngoc Ho – Hue, Vietnam	217
37. Cementerio Colgante de Sagada – Isla de Luzón, Filipinas.	221
38. Nirvana Memorial Garden – Ciudad de Singapur, Singapur	227
39. Cementerio Tana Toraja – Sulawesi, Indonesia.	233
40. Cementerio de Waverley – Sídney, Australia.	237
41. Cementerio del Calvario – Atuona, Polinesia Francesa.	245
42. Cementerio Île Sainte-Marie – Isla de Santa María, Madagascar	251
43. Wadi-us-Salaam – Nayat, Irak	257
44. Cementerio del Monte de los Olivos – Jerusalén, Israel	263
45. La Ciudad de los Muertos – El Cairo, Egipto.	267
46. Cementerio de Salé – Rabat, Marruecos.	273
47. Cementerio de Valencia – Valencia, España	277
48. Cementerio Inglés – Málaga, España	283
49. Cementerio de San Fernando – Sevilla, España	289
50. Cementerio de la Soledad – Huelva, España.	295
51. Cemitério dos Prazeres – Lisboa, Portugal	301
52. Cementerio Gold Rush – Skagway, Alaska.	307
53. Cementerio de Fairview Lawn – Halifax, Canadá	313
54. Westwood Village Memorial Park – Los Ángeles, EE. UU.	319
55. Forest Lawn Memorial Park – Glendale, Los Ángeles, EE. UU.	325
56. Cementerio de Wounded Knee – Reserva de Pine Ridge, Dakota del Sur, EE. UU.	331
57. Old Burying Point Cemetery – Salem, EE. UU.	335
58. Cementerio de Oakland – Oakland, Iowa, EE. UU.	339
59. Cementerio Lakeview – New Canaan, Connecticut, EE. UU.	345
60. Bonaventure Cemetery – Savannah, Georgia, EE. UU.	351
61. Cementerio de San Luis – Nueva Orleans, EE. UU.	357
62. Cementerio de Colón – La Habana, Cuba	363
63. Cementerio de Muñecas – Xochimilco, México.	371
64. Panteón de San Fernando – Ciudad de México, México	377

65. Cementerio de Cristo Rey – Santo Domingo, República Dominicana	383
66. Cementerio Central – Bogotá, Colombia	387
67. Cementerio Jardines Montesacro – Medellín, Colombia	393
68. Cementerio Azael Franco – Tulcán, Ecuador	399
69. Cementerio Presbítero Matías Maestro – Lima, Perú.	405
70. Cementerio General de Chile – Santiago de Chile, Chile	411
71. Cementerio de La Noria – La Noria, Chile.	417
72. Cementerio Municipal de Punta Arenas – Punta Arenas, Chile	423
73. Cementerio simbólico de Las Cruces – Talcahuano, Chile	429
74. Cementerio de La Recoleta – Buenos Aires, Argentina	433
75. Cementerio de La Chacarita – Buenos Aires, Argentina	439
76. Cementerio de la Penitencia – Río de Janeiro, Brasil	447
77. Cementerio Inglés – Lisboa, Portugal	451
78. Cementerio de la Almudena – Madrid, España	457
79. La sima de los Huesos – Atapuerca, Burgos, España	465
 Epílogo. Cementerio de Sant Andreu – Barcelona, España.	 471
Índice de ilustraciones	479



Elegí comenzar la ruta de los ochenta cementerios en la ciudad de Amiens, en el noroeste de Francia. Se preguntará por qué opté por ese cementerio en particular y no por cualquier otro para emprender el excéntrico viaje que tenía proyectado. La respuesta es fácil: siempre he disfrutado con las novelas de Julio Verne. Jamás una de sus líneas me ha defraudado.

Empecé a leer a Verne siendo un niño, fijándome más en las ilustraciones que salpicaban sus páginas que deteniéndome en las palabras, y terminé valorando más esas palabras, despreciadas en un principio, que las ilustraciones que hasta entonces tanto me habían cautivado.

Entre mis novelas favoritas destaca *La vuelta al mundo en 80 días*, a la cual me acerco periódicamente, ya sea en francés o en español, y en ambos idiomas siempre he hallado idéntica satisfacción con las venturas y desventuras que les suceden al inmutable Phileas Fogg y a su fiel mayordomo Jean Passepartout.

La estructura de la novela, esa peregrinación iniciática de ochenta días, ese camino hacia el punto de partida, fue la fuente de inspiración para decidirme a realizar el paseo por el mismo número de cementerios. Toda la vida almacenando como una hormiga me permitió darme ese capricho. Le invito a que, día a día, durante ochenta jornadas, me acompañe sin movernos de este banco para relatarle lo que vi en esos cementerios, y más importante, los sentimientos que me despertó cada uno de ellos.

La devoción al visionario Verne fue la que me condujo hasta Amiens, ciudad donde falleció el 24 de marzo de 1905, según reza la lápida que puede verse en su tumba. Fue en esa misma fecha, más de un siglo después, cuando crucé el portal de entrada del cementerio de la Madeleine, que se convirtió en el primero de una sucesión de cementerios que tenía intención de visitar.

El cementerio de Amiens está enclavado sobre un terreno ocupado en el siglo XVII por un antiguo hospital de leprosos, aunque este dato tiene poca relevancia en lo que voy a contarle. Cuando se está en el interior da más la sensación de estar paseando por un bosque que por un cementerio. El terreno es en cierta medida agreste, la maleza, aunque no desbocada, rodea las tumbas sin llegar a dañarlas.

Caminaba entre panteones que hablaban de prohombres de Amiens ya desaparecidos. La mayoría de esas personas un día habían sido importantes, pero ahora eran bien pocos los que se acordaban de ellos, y solo les quedaba el abrazo de la naturaleza como único consuelo. Los tilos les proporcionaban sombra, los helechos acariciaban sus losas y los pinzones y las lavanderas los acompañaban con sus trinos. Generación va y generación viene, mas la tierra siempre permanece, nos recuerda el Eclesiastés.

No tardé en encontrar la tumba que con tanto interés andaba persiguiendo, sin excesiva dificultad me topé con ella. El rincón donde se halla está bien señalizado.

Presagiando su muerte, Julio Verne encargó a su amigo el escultor Albert-Dominique Roze esculpir la figura que debía colocarse en su tumba cuando le llegara la hora del tránsito a la otra vida. Fue minucioso en los detalles, excesivamente quisquilloso. Le señaló lo que debía incluir en el conjunto. Le recomendó la posición exacta de la figura y le indicó la orientación precisa. Nada quiso dejar en manos de la improvisación. A esa obra, el escritor o el escultor —no puedo asegurar cuál de ellos— la dio en llamar *Hacia la inmortalidad y la eterna juventud*.

¿Un capricho insustancial de un intelectual o un mensaje encriptado a la humanidad? ¡Quién puede saberlo! Quizá la respuesta solo la conocía el propio Verne.

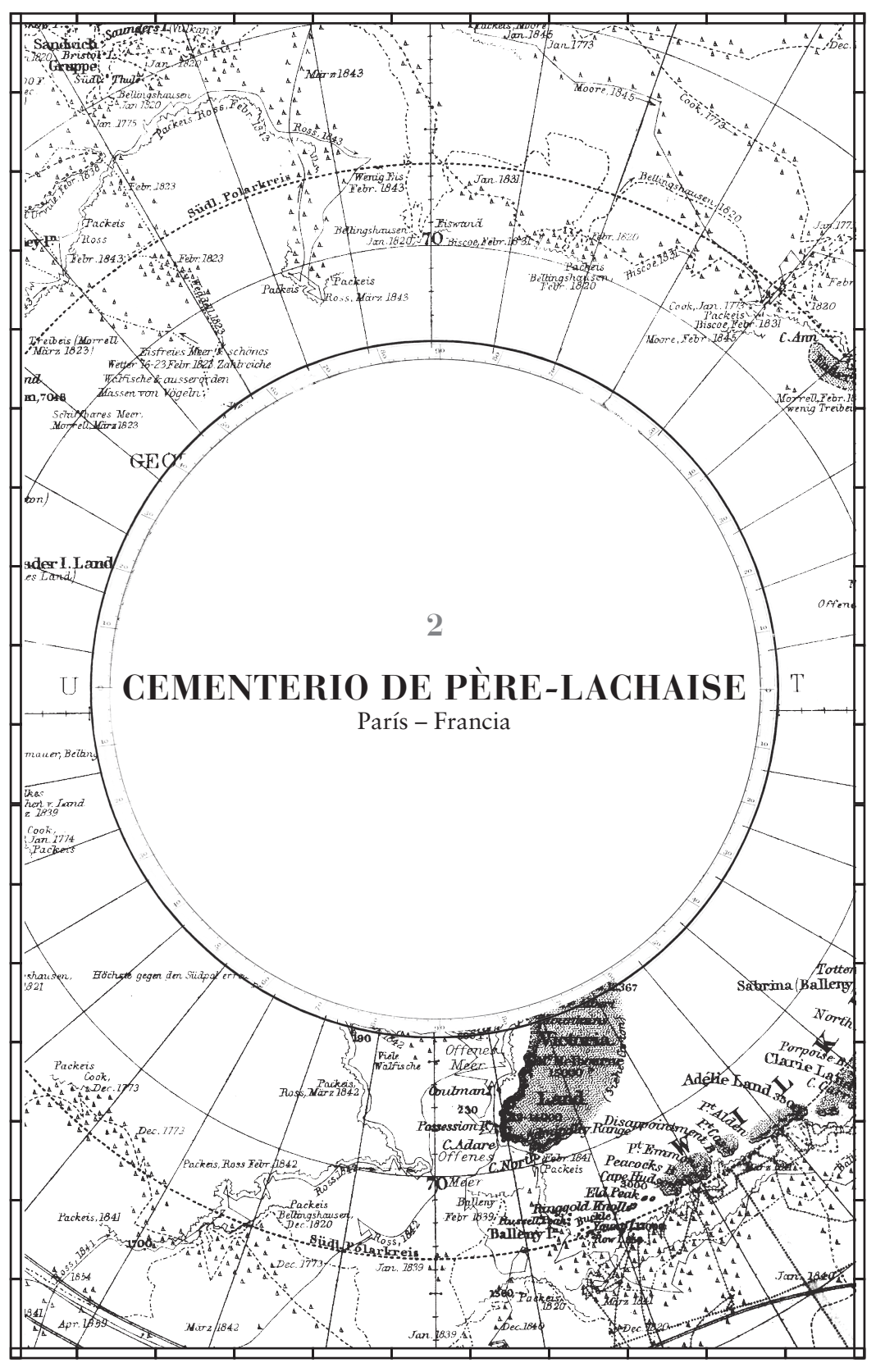
Al pararme delante del monumento quedé vivamente impresionado. No tengo palabras para explicar fielmente lo que vi. Mi vocabulario y mi oratoria no están a la altura de lo que la escultura me transmitió en esa primera mirada. La sobrecogedora imagen de Julio Verne con el torso desnudo emergiendo de la tumba, liberándose de su mortaja y rompiendo la lápida, me produjo estremecimiento.

Cuando uno se detiene a contemplar con calma la figura, no tiene capacidad de fijarse en todos los detalles, en todo el simbolismo que posiblemente está intentando transmitir. La estatua re-

presenta al escritor extendiendo un brazo hacia lo alto mientras su rostro sereno mira hacia la profundidad del cielo, quizá buscando la luz del sol o una grieta por la que introducirse en la inmortalidad, evocando sin palabras el deseo de la resurrección. Seguidores del misterio han estudiado la escultura durante años y después de muchas cábalas han llegado a afirmar que a cierta hora de uno de los equinoccios, no recuerdo si en marzo o en septiembre, la sombra de la mano de Julio Verne se posa sobre las fechas de nacimiento y muerte, como si estuviera intentando desvelarnos un secreto.

Después de un buen rato mirando la enigmática escultura, salí del cementerio de la Madeleine repitiendo una frase que el inmortal autor escribió y que me insufló fuerzas para continuar en mi peregrinaje a través del mundo: «No hay obstáculos imposibles; solo hay voluntades fuertes y débiles».

No quise irme del lado de la sepultura de Julio Verne sin dejarle una vieja edición de su novela *Le tour du monde en 80 jours*, que había comprado en París el día anterior a un *bouquiniste* en quai de la Tournelle. ¡Había soltado amarras, el viaje había comenzado!



2

CEMENTERIO DE PÈRE-LACHAISE

Paris - Francia

A principios del siglo XIX, a Napoleón Bonaparte le preocupaba la insalubridad de París, y para combatirla tomó la determinación de erradicar los cementerios de la ciudad. Para conseguirlo propuso, más apropiado sería emplear la palabra ordenó, que fueran edificadas una serie de cementerios en las afueras de la ciudad. Siguiendo sus instrucciones no tardaron en construirse, al norte, el de Montmartre; al sur, el de Montparnasse; al oeste, el de Passy, y al este, el cementerio de Père-Lachaise.

El nombre de Père-Lachaise le viene por un monje llamado François d'Aix de La Chaise, que vivió en el siglo XVII y fue confesor durante más de tres décadas del rey Luis XIV, y al que con familiaridad, en la corte y en la calle, se le conocía como Père La Chaise. A partir de entonces esa zona no fue llamada de otra manera que Père-Lachaise.

En 1803, después de haber pertenecido el terreno a una congregación jesuita cuyos monjes se dedicaban al cultivo de viñedos, pasó a ser propiedad de la ciudad, y es entonces cuando siguiendo la ordenanza de Napoleón se comenzó la construcción del cementerio. Las obras se realizaron con premura y solo hubo que esperar un año para su inauguración.

Espero no aburrirle con las explicaciones históricas, pero creo necesario dárselas. No le pido memorice nombres ni fechas, prefiero que se detenga más en las anécdotas y curiosidades que irán sucediéndose a medida que avancemos. ¡Aclarado el punto, sigamos el camino!

En un principio este cementerio, de considerable belleza y dimensiones, no fue bien aceptado por la población. Los parisinos se mostraban reacios a ser enterrados extramuros de la ciudad. Ha de esperar catorce años, hasta bien entrado 1817, para alcanzar la popularidad, cuando los propietarios decidieron aprovecharse del

traslado de los restos del teólogo medieval Abelardo y de su amada Eloísa para impregnar de romanticismo el lugar y convertirlo en un sitio atractivo donde dar sepultura a los seres queridos.

La historia de Abelardo y Eloísa ha pasado a convertirse en una de las más románticas de la Edad Media. Abelardo era un estudiante sobresaliente que decidió acudir a París, centro de la filosofía a finales del siglo XI. Allí se estableció como maestro de dialéctica, aunque su verdadera pasión era la teología. En París alcanzó una enorme popularidad por sus teorías. En esas fechas conoció a Eloísa, sobrina de Fulberto, canónigo de la catedral Notre Dame de París. Entre Abelardo y Eloísa se entabló, a espaldas del deán, una relación amorosa que salió a la luz al quedar la muchacha embarazada.

Fulberto insistió en que ambos jóvenes se unieran en matrimonio. Abelardo no puso objeción, pero sí en cambio Eloísa. No es que no le amara, lo único que pretendía la joven era no truncar la carrera profesional de su amado, ya que en caso de matrimonio le sería imposible continuar ejerciendo su labor de teólogo. Prefería ser su amante a ver la fama de su amado perdida.

Finalmente, ante la insistencia de Abelardo, Eloísa cedió y se casaron en secreto. Sin embargo, Fulberto, a quien la envidia por el conocimiento atesorado por Abelardo le mortificaba, difundió por todo París la noticia de su precipitada boda, para que de esa manera le fuera suprimido el derecho de impartir clases de teología. Eloísa negaba esa boda, lo que la llevó a enemistarse con su familia, para posteriormente ingresar en un convento.

No contento con esa vil delación, el canónigo Fulberto, sobornando a un criado de Abelardo, accedió a sus aposentos y le mutiló las partes con las que había cometido la falta. Por esa acción Fulberto fue desterrado de París. Abelardo se metió a fraile mientras Eloísa se hacía monja. La relación de Abelardo con Eloísa quedó rota. No volvieron a verse jamás, únicamente mantuvieron contacto por carta. Esa correspondencia es una obra cumbre de la literatura francesa. Al enterarse Eloísa del fallecimiento de su amado, pidió que cuando muriera la enterraran con él. Su deseo con los años fue cumplido.

Desde el momento en que sus cuerpos, ocho siglos después, fueron trasladados al cementerio de Père-Lachaise, no había habitante de París que no deseara ser enterrado junto a esa romántica pareja.



La belleza del mausoleo neogótico es cautivadora. Los dos amantes se hallan tumbados como si estuvieran durmiendo, con las manos en posición de rezo. En sus rostros se adivina la paz y el reposo que no hallaron en vida.

Dejé solos a los amantes y me dispuse a callejear por el cementerio en busca de otra tumba en la que me interesaba detenerme. En el camino la lista de celebridades que iba dejando a los lados era tan enorme que resulta imposible citar a todos de memoria. Sin esfuerzo me vienen al recuerdo Molière, Guillaume Apollinaire, Honoré de Balzac, Georges Bizet, María Callas, Frédéric Chopin, Alphonse Daudet, Eugène Delacroix, Isadora Duncan, Édith Piaf, o la de Marcel Proust; en resumen, cientos de personas que han ayudado a engrandecer la humanidad.

No me demoré en acercarme a la sepultura de Oscar Wilde. El monumento que sobre ella se ha levantado es una libre interpretación de los toros alados de Asiria. En relación con la tumba del escritor irlandés había leído que es costumbre pintarse los labios con carmín encarnado y estamparlos en el muro para dejarlos grabados, una muestra de cariño repetida año tras año por cientos de personas. Para unirme a esa costumbre me había comprado un pintalabios de color magenta en la tienda que Guerlain tiene abierta en los Campos Elíseos. Mi sorpresa fue enorme y dolorosa al comprobar que un cristal cubría el muro y que las marcas de los labios que a través de los años se habían imprimido con devoción habían sido borradas. El peligro de que el monumento fuera dañado por la cantidad de besos había originado la medida. Me reproché no haber actualizado la información.

Después de guardarme el pintalabios en el bolsillo, sin saber qué utilidad darle, me dispuse a continuar la ruta. En mi mente apareció nítida la estrofa de una canción: «Perseguimos nuestros placeres aquí / Enterramos nuestros tesoros allá / Pero ¿puedes recordar todavía / el tiempo que lloramos? / Atraviesa hacia el otro lado».

Esa estrofa pertenecía a una canción de The Doors, y si me vino al recuerdo es porque estaba llegando a donde estaba enterrado el líder de ese popular grupo musical de los años setenta, Jim Morrison.

Cuando localicé la sepultura pude leer, escrita con caracteres griegos, la inscripción de la lápida: «Recuerdo del héroe llevado por su demonio».

La tumba es más bien sencilla, sin nada que la distinga de las que tiene a los costados. No es vistosa, pero está llena de flores y de carátulas de discos de The Doors. Tiempo atrás, sobre la tumba podía verse una pequeña escultura que representaba el busto del cantante, y en la que resaltaba su pelo largo y rizado. Cierta día, unos desconocidos la robaron y hasta la fecha no ha sido recuperada. Por algún lado debe andar el busto de Jim Morrison.

Me despedí del cantante y sin perder el tiempo fui directo a rendir honores a quien quizá es el huésped más distinguido del cementerio de Père-Lachaise, un periodista que firmaba sus artículos bajo el seudónimo de Victor Noir y cuyo nombre real, olvidado por todos, era Yvan Salmon.

Victor Noir era redactor en el periódico *La Marsellaise* y, un día, uno de sus amigos escribió un artículo despotricando de malas maneras contra Napoleón I. Esas injurias no deberían haber sido consideradas más que una simple opinión, ya que Napoleón I había muerto en 1821 y el artículo se publicó en 1869; pero por desgracia el escrito llegó a oídos de Pierre-Napoléon Bonaparte, sobrino del difunto emperador, quien, ofendido por el trato dispensado a su familiar, decidió enviar una carta al periódico tratando al autor con unas palabras que no eran otras que cobarde y traidor. El amigo de Victor Noir exigió una satisfacción y le retó a un duelo.

Al día siguiente, el editor envió a Victor Noir, en calidad de testigo, para fijar las condiciones del duelo. Al verlo llegar, el sobrino de Napoleón le insultó. Victor Noir, ofendido, no se privó de cruzarle la cara con una bofetada. Pierre-Napoléon alcanzó un revólver de la cómoda y de un modo ruin le descerrajó un disparo que resultó mortal. Todo ocurrió rápido, sin tiempo para el diálogo. Un fogonazo cercenó la vida al joven reportero de veintidós años.

La familia de Victor Noir encargó al escultor Jules Dalou la estatua de bronce a tamaño natural, y sin conocerse el motivo el artista moldeó una enorme protuberancia en sus pantalones. Un tremendo bulto en el que no es mérito ni morbosidad fijarse.

Con el paso del tiempo, sin que sepamos con certeza el origen, comenzó a circular una singular creencia: si se colocaba una flor en su sombrero, se le daba un beso en la boca y se le tocaba el miembro viril, se conseguía llevar una vida sexual satisfactoria. Con esa publicidad, ¿quién podía resistirse a realizar esa sencilla acción que tan poco esfuerzo requiere?

Era tanta la gente que se acercaba al lugar para dejar una flor en el sombrero, besar los labios y acariciar la parte más noble de la escultura que en el año 2004 se decidió levantar una valla para que dejaran de manosear la bragueta, que se encontraba notablemente desgastada.

Las quejas de la ciudadanía no se hicieron esperar y ante la presión popular se retiró la valla. En la actualidad los tocamientos se realizan con la misma cadencia, intensidad y esperanza que hace siglo y medio.

Me retiré del cementerio de Père-Lachaise satisfecho por lo que había visto y feliz porque mi viaje empezaba a tomar forma.

¡Disculpe que me haya alargado en las explicaciones, pero el cementerio de Père-Lachaise tiene tantas historias que no me he resistido a contarle una mínima parte de ellas! No es extraño por lo tanto que Passepartout, en su precipitado paso por París en la vuelta al mundo, lo que más lamentase fuera el no haber podido volver a ver el cementerio de Père-Lachaise.